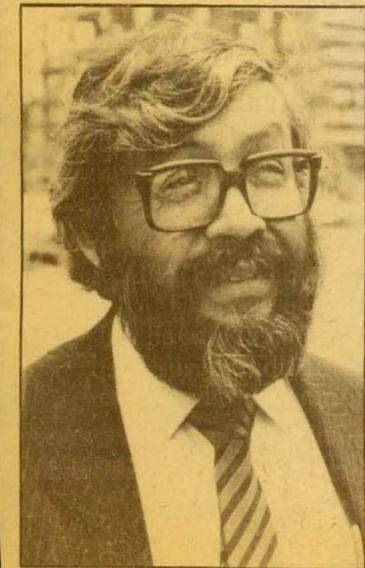


Reformar el PRI:

Nov-1985

¿Misión Imposible?

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Fundado en mayo de 1975, *El País* se convirtió rápidamente en el principal diario de España, por su circulación, por su influencia, por haber seguido de cerca, y contribuido a definir, el rumbo de la democratización que siguió a la muerte de Franco. Su carácter plural quedó expresado desde su origen mismo: es famosa la anécdota que narra cómo entre sus primeros accionistas se encontraban Ramón Tamames, líder comunista preso; y Manuel Fraga, el ministro que había influido para que estuviera en la cárcel.

Interesado en cuestiones mexicanas, *El País* tuvo a bien solicitarme un artículo sobre la corriente democrática del PRI, a fines de septiembre.

El texto se publicó en la edición del 8 de octubre y lo reprodujo el lunes siguiente la edición internacional, resumen hebdomadario que también edita *El País*. Lo transcribo enseguida por dos razones: porque no ha perdido su vigencia, pese a que fue escrito cuando no había renunciado aún el senador Adolfo Lugo y no se conocía el curso que tendría la corriente con el nuevo liderazgo; y por algo más importante: el texto apareció con una errata que me hizo decir lo contrario de lo que quiero decir. Creo en las posibilidades de reforma interna en el PRI, y por eso concluí: "No es imposible que ocurra", en vez de la contraria: "No es posible que ocurra" que es como apareció:

Hubo siempre dos corrientes en el complicado fenómeno llamado Revolución Mexicana: la popular y la democrática. La primera fue progresista, mientras que la segunda tendió al conservadurismo. Desde que Carranza subordinó militarmente a Villa y a Zapata, la corriente democrática, conservadora, fue imponiéndose en las decisiones del grupo gobernante en México. Es cierto que en los años veinte Obregón y Calles actuaron de tal modo que llegaron a ser considerados bolcheviques por la opinión pública internacional, pero en realidad inhibieron el radicalismo de la revolución. Y es verdad también que el presidente Cárdenas revitalizó entre 1934 y 1940 la raíz popular de la revolución. Pero salvo esa circunstancia, la revolución y su partido tendieron a moderarse, a edulcorarse, al grado de que desde 1946 el partido gubernamental se llama Revolucionario Institucional. Eso que parece una dicotomía irresoluble, indica la tensión en que se ha desenvuelto dicho partido, tensión resuelta en favor de lo institucional, y en una creciente inclinación al inmovilismo.

Por eso provocó sorpresa el que a mediados de agosto se filtraran noticias sobre la integración de una corriente democratizadora en el interior del PRI. Se inició entonces una comedia de equivocaciones: el bautizo mismo del grupo emergente resultó fallido, pues lo que sus miembros reivindican es precisamente el carácter popular y nacionalista del partido. Corriente progresista es una denominación que les hubiera cuadrado mejor. Y como la noticia se hizo pública prematuramente gracias a la impaciencia de algunos impulsores, no quedó claro nunca quiénes de verdad la integraban: el embajador de México en Madrid, Rodolfo González Guevara, por ejemplo, cuyo talante ideológico encaja bien con el del resto de los mencionados, debió marginarse públicamente de aquel movimiento. Y así hicieron otros, especialmente cuando las primeras, difusas informaciones sobre tal corriente suscitaban un rechazo generalizado expresado a veces en términos duros, desde

la burocracia del partido y aun desde la Presidencia de la República.

Sólo al iniciarse octubre ha comenzado a perfilarse con mayor precisión esta corriente. Nueve miembros del PRI emitieron, sin protocolos, un documento de trabajo en el que expresan su punto de vista frente a la terrible crisis que azota a la economía y a la sociedad mexicana. Tres hombres tienen importancia: Cuauhtémoc Cárdenas hijo de don Lázaro y que recientemente concluyó su gestión como gobernador del estado de Michoacán, Carlos Tello, que fue secretario (ministro) de Planeación y Gasto; y Porfirio Muñoz Ledo, también ex ministro (de Trabajo y de Educación), ex presidente nacional del PRI y ex embajador en las Naciones Unidas.

Son claros los orígenes y los propósitos de esta corriente a la que, sin embargo, se le debe pronosticar la frustración de sus aspiraciones. Por su lado, la feroz crisis que empobrece y apesadumbra a los mexicanos, después de un fugaz periodo de auge que benefició a una minoría, está siendo atacada con instrumentos monetaristas y neoliberales que cargan en los trabajadores los mayores efectos de la encrucijada económica. El grupo que dentro de la clase gobernante administra hoy en el país padece obsesiones financieras y privilegia la eficiencia económica por encima del desarrollo social. A tal tendencia se oponen los integrantes de la corriente denominada democratizadora. Su objetivo, en consecuencia, es contribuir a que se revierta tal inclinación de la política económica, uno de cuyos resultados principales es la desnacionalización de la planta productiva y su achicamiento.

Pero tal vez los promotores de esta corriente escogieron mal los mecanismos para conseguir sus propósitos. El PRI, a pesar de que dispone de un patrimonio ideológico, ha ido reduciéndolo a pura retórica y es, sobre todo, un aparato electoral entregado al más crudo pragmatismo. Con tal de triunfar en las elecciones de Chihuahua, por ejemplo, no vaciló en sostener un candidato de orientación derechista (para contrarrestar la popularidad de la oposición de derecha) y en recurrir a procedimientos que no pueden, en todos los casos, ser documentados como fraudulentos pero que hacen de la jornada electoral y su calificación un proceso por entero inequitativo a su favor.

En un partido pragmatizado a tal punto, la discusión doctrinal sobre la orientación del gobierno carece de sentido; en el mejor de los casos está destinada a provocar efectos mínimos sobre la acción gubernamental. Por añadidura, aunque encuadra a la mayor parte de los obreros y los campesinos organizados, el PRI carece de una activa vida militante.

Por añadidura, los promotores de la corriente no tienen influencia sobre el partido. Cárdenas resume en su nombre el carácter de la corriente, pero carece de arraigo en los cuadros partidarios, a grado tal que los últimos días de su gobierno en Michoacán le fueron amargados por el equipo del gobernador entrante, cercano al Presidente de la República. Tello fue uno de los autores de la nacionalización bancaria de 1982, repudiada por la actual administración, y Muñoz Ledo, el más conocido de todos, recuerda demasiado a Echeverría, uno de los ex presidentes con menos prestigio.

Nada de eso quita, sin embargo, la necesidad de que el partido gubernamental en México emprenda, hacia adentro y hacia afuera, una intensa reforma. Por su carácter de partido de Estado, creado desde arriba para la transmisión de instrucciones emitidas verticalmente, la noción de democracia parece por entero exótica en su interior, no obstante que se lea con abundancia esa palabra en sus documentos oficiales.

Pero ante la agudización de la crisis económica y el inminente riesgo de su conversión en incontrolable crisis política, el PRI podría convertirse en el factor de preservación de una paz social no fincada en la contención de las demandas ciudadanas. No es imposible que ocurra.